

amarillas, estrechas, la parte alta sin abrochar, botas que le hacían daño. Oscuro, muy indio y mogol de facciones. Me pareció más pequeño más insignificante»¹⁶. Contra la visión caricaturesca del aspecto exterior, la devoción que J. R. J. sentía por el gran poeta. «Mi tercer Rubén Darío»: J. R. J. sale a esperar a R. D. a la estación del Norte. Viene de París, en el rápido, acompañado de Vargas Vila, persona no grata a Juan Ramón a quien caricaturiza con «voz asquerosa, de un gangueo enjuagado». Sobre su gran amigo escribe: «Al fin, Rubén, que parece otra vez más alto y más grueso, más Rubén que la segunda vez»¹⁷. Y más adelante prosigue su retrato: «Rubén ríe, todo él, inclinándose. Viene otra vez de sombrero de copa, alto, ancho, y siempre con botas de pie chiquito, apretadas, incómodas». «Mi último Rubén Darío»: «Un retrato de Rubén Darío no como yo lo conocía, sino como ahora es; viejo, gordo, feo y triste. Le pienso altivo, joven, indio y mogol, con botas que le aprietan»¹⁸. Estampas, imágenes o caricaturas de Rubén Darío. Más allá, la devoción de J. R. J. al más grande poeta de Hispanoamérica, maestro generoso, amigo comprensivo. La dedicatoria del libro *Melancolía*, reza así: «A Rubén Darío/ melancólico capitán de la gloria».

De Rubén Darío a Juan Ramón. Las cartas

Rubén Darío siente por Juan Ramón un profundo afecto y estima poética que es la consagración del joven poeta. R. D. es un amigo que se preocupa por los problemas de J. R., le da el pésame con motivo de la muerte de su padre y le envía un soneto, cuyo primer cuarteto dice: «¿Tienes buen amigo, ceñida la coraza/ Para empezar valiente la divina pelea?/ ¿Has visto si resiste el metal de tu idea/ La furia del mandoble y el peso de la maza?». Se preocupa por la enfermedad del poeta, tan determinante en su poesía y le anima: «Me apena que esté enfermo. Hay que tener voluntad de vivir y voluntad de sanar, y uno vence a todo. ¿Por qué no se viene a curar a Francia?»¹⁹. Juan Ramón, entre la depresión y la melancolía, penaba interiormente y escribía una de las poesías más sensitivas y perdurables. ¿Es el poeta un enfermo del alma que escribiendo se cura? La mejor poesía no nace del júbilo sino de la honda melancolía.

Ahí nos quedan como libros los estados del espíritu o los paisajes del alma juanramonianos.

Dos poetas nuevos llaman la atención de Rubén Darío y a los dos les da su amistad y espaldarazo poético. «Hay poetas nuevos que anuncian mucha belleza, y sueñan y dicen bellamente su soñar. Y entre ellos, dos, que quiero y prefiero: Antonio Machado, y V., mi amable Jiménez»²⁰. En sus cartas, Rubén Darío se preocupa por las inquietudes de los jóvenes poetas. Les anima en la lucha por la nueva estética y tiene palabras muy elogiosas para la revista *Helios*, eclosión del modernismo triunfante: «De V. veo en *Helios* cosas deliciosas. *Helios* es lo más brillante que hoy tiene la prensa española. Todos los redactores, cosa rara, valen»²¹. En otra carta dice «*Helios* está lleno de distinción mental; ojalá que su seriedad perdure, y que no se de entrada a elementos nocivos, o mediocrementemente útiles»²².

Rubén Darío agradece a Juan Ramón el largo trabajo que sobre él piensa hacer y le da orientaciones sobre sus primeros libros: «Primera manera que se llama *Primeras notas* muy español, clásico y todo, y zorrillesco y nuñezdearciano»; *Abrojos*, *Azul*, *Los Raros*. Al final se despide: «Cuidese y sea el admirable poeta que es, y no me deje de querer»²³.

Rubén Darío, desde París, comunica a Juan Ramón su próximo viaje a España, pasando por Barcelona y desde allí a Málaga, donde permanecerá algún tiempo. Su primera carta, desde Málaga, es del 13 de diciembre de 1903; dice llevar allí varios días. La última está fechada el 3 de febrero de 1904. Luego, las cartas dan fe de sus visitas o peregrinaciones a Sevilla, Granada, Córdoba, Almería, Gibraltar y África; otra vez Málaga (29 de febrero de 1904) y de nuevo París (10 de marzo de 1904), desde donde escribe: «Aquí me tiene usted ya de nuevo en este París de que tanto hemos hablado, y en donde se

¹⁶ P. 176 de M. R. D.

¹⁷ p. 174 de M. R. D.

¹⁸ p. 175 de M. R. D. Hay un buen retrato, múltiple, de Rubén Darío en Españoles de tres mundos.

¹⁹ París, diciembre, 1902, p. 94 de M. R. D.

²⁰ 16 de junio de 1903, p. 97 de M. R. S.

²¹ París, 24 de julio de 1903, p. 98 de M. R. D.

²² París, 20 de noviembre, 1903, p. 100 de M. R. D.

²³ París, 29 de octubre, 1903, p. 99 de M. R. D.

guiré toda mi vida, si Dios quiere»²⁴. En su estancia en España, Rubén Darío y Juan Ramón, no han podido verse, a causa de la enfermedad de J. R. que R. D. lamenta grandemente y confiesa en Málaga: «Yo estoy solo, ando solo a la orilla del mar, y no hallo otra cosa que hacer»²⁵. El diálogo se establece por la vía epistolar, tratando temas personales (de salud), de ilusiones y sobre todo poéticos. En su carta²⁶ reivindica la paternidad del movimiento modernista que una encuesta en el *Mercurio de France* atribuye, erróneamente, a José Asunción Silva; inexactitud que vuelve a repetirse en la revista de Nervo. Contra Rueda, poeta que también se atribuía la paternidad del modernismo español escribe: «Rueda, no. Ese me ha injuriado una vez, en un diario americano. Rueda habla ignorantemente y naturalmente. Es incapaz de perversidad. Rueda es una guitarra»²⁷.

En las cartas hay noticias de otros viajes de Rubén Darío, «de las tierras solares a las de bruma», viaje «rápido y encantador», por hermosos países, Hungría, Italia, Austria y Alemania. Hay una carta de París (18 de abril de 1904) y otra, también de París (1 de junio de 1904). Entre ambas se sitúa el viaje, con carta de Hamburgo (7 de mayo de 1907) y una nota desde Budapest, (16 de mayo de 1904), que dice escuetamente: «Un abrazo y un recuerdo a mi poeta y amigo». R. D. confiesa a J. R. J. «y no pierdo la esperanza de que algún día hemos de recorrer juntos esas tierras de cosas pintorescas, extrañas y poéticas»²⁸.

En carta fechada en París (12 de diciembre de 1904), R. D. informa a J. R. J. sobre un nuevo libro de versos, unos cuantos poemas que tiene él, con otros que guarda Juan Ramón, entre ellos la «Marcha triunfal». J. R. J., en una nota aclara: «R. D. empezaba ya en estas fechas a concebir su libro *Cantos de vida y esperanza*, pero este título no lo había pensado aún. Y hace esta confesión, patética: «El gran poeta, siempre alcoholizado, olvidaba y perdía sus poemas, sus libros, todo lo suyo. Yo pude copiarle de mi memoria la «Marcha triunfal», «Cosas del Cid», «Al rey Oscar» y otros poemas que recogió en dicho libro»²⁹.

En carta de París (17 de enero de 1905), Rubén Darío confiesa que ha estado enfermo y que pronto (está convaleciente) se pondrá a copiar cuarenta o cincuenta poemitas. En nota brevísima explica: «He llegado ayer. Es-

toy un poco enfermo. No mucho». J. R. J. aclara en un nota que en esta época, R. D. vivía accidentalmente en Madrid, en la calle de las Veneras, 4, «un entresuelo chato y oscuro y desapacible». Según J. R., en esta casa dictó R. D. a un funcionario cesante, despacio, casi a verso por día, la «Salutación del Optimista»³⁰.

Rubén Darío hace un viaje cervantino por la Mancha y regresa a París. En carta (2 de abril de 1911), le anuncia a J. R. J. que es director de la revista *Mundial* y le pide colaboraciones, J. R. J. envía poemas. R. D. escribe: «Leí todos sus versos. Siempre admirables, llenos de alma y de música. Yo haré de usted pronto un juicio concentrado, en una serie que publicaré con el nombre de *Cabezas*»³¹.

Críticas de Rubén Darío y apoyo a los nuevos poetas

En el libro, se publican dos críticas de Rubén Darío: «La tristeza andaluza» (1904) y «Nuevos poetas de España» (1906). La primera es una meditación sobre la pena andaluza sobre la condición existencial y poética del «cantaor»: «¿Habéis oído a un «cantaor»? Si lo habéis oído, os recordará esa voz larga y gimiente, esa cara rapada y seria, esa mano que mueve el bastón para llevar el compás. Parece que el hombre se está muriendo, parece que se va a acabar, parece que se acabó»³². Desde el sentimiento (apenado) del andaluz, Rubén Darío se adentra en el íntimo sentir de un poeta nuevo andaluz, de Juan Ramón Jiménez, a quien descubre y aconseja: «He comenzado a leer el libro de un poeta nuevo de tierra andaluza, el cual acaba de aparecer y es ya el más sutil y exquisito de todos los portaliras españoles. Al hojear

²⁴ p. 107 de M. R. D.

²⁵ Málaga, 13 de diciembre, 1903, p. 101 de M. R. D.

²⁶ Málaga, 24 de enero, 1904, p. 101 de M. R. D.

²⁷ Málaga 3 de febrero, 1904, p. 105 de M. R. D.

²⁸ París, 1 de junio, 1904, p. 111 de M. R. D.

²⁹ Nota p. 114 de M. R. D.

³⁰ Nota p. 116 de M. R. D.

³¹ París, 8 de septiembre, 1911, p. 119 de M. R. D.

³² p. 121 de M. R. D.

su libro *Arias tristes*, lo juzgaríais de un poeta extranjero»³³. Lo declara fino oidor de la siringa francesa de Verlaine, signado bajo la música melancólica de Schubert, heredero del arpa de Bécquer. Enjuicia: «En todo libro de Jiménez hay, una, diríase, sonrisa psíquica, llena de la suavidad melancólica que da el anhelo de lo imposible, antigua enfermedad del soñador». Para R. D. no hay arte enfermo, hay artistas enfermos. R. D. invita a soñar con los poetas muertos: Heine, Bécquer, Verlaine, Musset.

En «Nuevos poetas de España»³⁴ responde Rubén Darío a una encuesta que realiza Enrique Gómez Carrillo para el *Mercure de France*, bajo el título: «Qué piensa usted sobre el estado actual de la poesía en España» R. D. contesta, muy acertadamente, con generosidad, sobre los nuevos poetas españoles. Destaca a los siguientes: Antonio Machado. «Es quizá el más intenso de todos. La música de su verso va en su pensamiento. Ha escrito poco y meditado mucho». Antonio Machado significa el modernismo interior, la melancolía de las hondas galerías del alma, música, convertida en pensamiento bello y perdurable. Manuel Machado, representa el modernismo exterior, más acorde en las formas y los ritmos con el modernismo externo de R. D., el más conocido. Pero también en éste hay un modernismo interior y desgarrado, el de su «lira enlutada» cuando escribía sus grandes libros finales. R. D. ve así al otro Machado: «Su hermano Manuel, que ha permanecido en París durante varios años, es muy diferente. Este es fino, ágil, exquisito. Nutrido de la más flamante savia francesa, sus versos parecen escritos en francés». Sobre Ramón Pérez de Ayala, cocreador de *Helios*, joven poeta, escribe: «Es un poeta asturiano, pero que es cosmopolita, joven, luego rico en primavera, luego sonriente, luego ágil de pensamiento, luego amoroso de la libertad, luego soñador». Sobre Miguel de Unamuno, (¿sería excesivo encajarle como modernista interior?) escribe R. D.: «Un escritor de gran valer y de extrañas violencias, el señor Unamuno, se enreda en eso de las ideas, desdeña las ideas...». De Antonio de Zayas, dice: «Poeta diplomático. Es un señor». Señala a Juan Ramón como el poeta más sutil y sentimental, aclarando que ya ha dicho en otra ocasión lo que pensaba de él. Ahora afirma: «Dice su alma en versos sencillos como lirios y musicales como aguas de fuente». Indica que el poeta J. R. J. está enfermo, que vive en un sanatorio de Madrid. «Así en

su poesía no busquéis salud gozosa ni rosas de risa. Cuando más, a veces, una sonrisa, una sonrisa de convaleciente».

De Francisco Villaespesa dice con cierta ironía: «Enamorado de todas las formas, seguidor de todas las maneras, hasta que se encontró él mismo, si es que se ha encontrado». Finalmente opina de Andrés González Blanco que «se ha impuesto desde los comienzos. Sus versos revelan una gran cultura, una gran mentalidad, y, como antes decía, una gran inspiración». Rubén no sólo fue el maestro de los poetas jóvenes, fue el amigo que se preocupó por ellos y los dio a conocer.

Amancio Sabugo Abril

Una temporada con Lacan

Cuando el término *psicoanálisis* aparece por vez primera, en marzo de 1896, su acuñador, Freud, está a punto de cumplir cuarenta años. Atrás quedaban sus investigaciones en medicina, iniciadas a los veinte años; su viaje a París, poco antes de cumplir los treinta; el primer libro, en 1891, sobre la afasia y las primeras publicacio-

³³ p. 122 de M. R. D.

³⁴ p. 128 de M. R. D.